

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que las letras me salvaron la vida. Me la salvaron en la más pura de las acepciones porque, en estricto sentido, las letras me dieron una vida.

Fue hace casi cuarenta años que un bibliotecario puso en mis manos los primeros libros que verdaderamente me hicieron salir de mi cuerpo, subir a un barco pirata, perderme en el fragor de una batalla y sentir que no importaba lo que estuviese ocurriendo del otro lado de la puerta siempre y cuando el libro no se me cayera de las manos.

A mis doce años había múltiples futuros posibles. Y no es difícil conjeturar un Antonio Malpica que nunca tuvo acceso a tales libros, que jamás se enamoró de la lectura, que nunca escribió una línea. Un Antonio Malpica que –por supuesto- no estaría hoy aquí.

Las letras me dieron una vida porque me abrazaron desde el primer momento. No me prometieron ni me pidieron nada. Simplemente estuvieron ahí .

Cuando elegí carrera en mi juventud, seguían ahí, sabias y cariñosas, acaso sabiendo que mientras el libro no se me cayera de las manos, no importaba que estudiara ingeniería o medicina o contabilidad, el tiempo llegaría en que comprendiera que la mejor manera de no salir jamás de una historia, fuese de piratas, de vampiros o dragones, era gestándola desde mi interior.

Y sí, llegó el día.

Comencé a escribir y no pude detenerme. A veces a pesar mío, en el desvelo o en la enfermedad, sabias y cariñosas las letras no me abandonaron nunca. Cuando quería renunciar, ellas no dejaban de

sugerirme que el protagonista, tal vez, necesitara de mí para seguir viviendo. Cuando quería renunciar, ellas no dejaban de sugerirme que yo, tal vez, necesitara de ellas para seguir viviendo. Cuando conjeturaba un Antonio Malpica distinto, ellas... ya lo dije, me salvaron la vida.

Y el libro, en casi cuarenta años, nunca se ha caído de mis manos.

En tiempos oscuros como los que hoy vivimos, donde el peor temor de un padre puede recaer en el increíble y sombrío hecho de perder a un hijo y ni siquiera poder depositar su restos en la tierra... me atrevo a decir que bien puede ser la lectura esa luz al final del túnel.

Tal vez ya sea momento de decir, con toda convicción, que nadie que se haya conmovido en su infancia o juventud con un niño mago que venció al terror más puro, con un hobbit que persistió en su misión a pesar de todo, con una niña que acabó con la injusticia usando los poderes de su mente... nadie que los haya hecho suyos al leerlos sería capaz de levantar la mano contra otro ser humano.

Tal vez sea momento de decir, con toda franqueza, que los libros sí cambian vidas. Y que, al cambiarlas, las salvan de aquello en lo que podrían convertirse si no existieran personajes que, mientras esperamos el autobús, en la fila del trámite, a media tarde o media noche, nos susurran y nos convencen de que la bondad existe. No abstractamente en el mundo, sino palpablemente en nosotros mismos.

Tal vez sea momento de sostener, de cara al mundo, que un buen libro en el momento adecuado, impide una muerte, salva una vida, corrige un destino.

Tal vez ya es momento de dejar de especular sobre el futuro y acercar en el presente un libro a cada niño y a cada joven de este país. Con el único motivo de no tener que especular si en el futuro uno de ellos será capaz de levantar la mano contra el otro. Un libro a tiempo y sabremos, con toda convicción, que eso no será posible.

“Elegir bien qué hacer con el tiempo que se nos ha dado”. Como diría Gandalf el Gris.

A mí los libros me dieron una vida. Sé que pueden darle una vida mejor a cualquiera.

Y por eso me siento muy agradecido de formar parte de esta comunidad que lo hace posible.

Muchas gracias por permitirme hoy estar aquí.

Antonio Malpica

Discurso que, de haber sido posible, habría leído en la FENAL 2018 cuando me entregaron el Premio “Compromiso con las letras”.